



# EL RIESGO QUE CORRE EL PREDICADOR

DP6.05

por Phillip Jensen

# EL RIESGO QUE CORRE EL PREDICADOR

© Fundación Generación y MTS

Este documento tiene copyright y sigue siendo propiedad de MTS Ltd. Uso autorizado para Fundación Generación, prohibida su copia, distribución y reproducción.

Para obtener más información sobre el uso de este documento, envíenos un correo electrónico a [mts@mts.com.au](mailto:mts@mts.com.au).

Para acceder a más recursos por favor visite: [www.mts.com.au](http://www.mts.com.au) y [www.fundaciongeneracion.org](http://www.fundaciongeneracion.org)

© Matthias Media (The Briefing #128; [www.matthiasmedia.com.au/briefing](http://www.matthiasmedia.com.au/briefing)).

# MISIÓN - EL POR QUÉ

La misión de Fundación Generación es:

*“Contribuir a hacer discípulos de todas las naciones al multiplicar a los obreros del evangelio a través de los Aprendices Ministeriales”.*

# VISIÓN - EL QUÉ

La Visión de Fundación Generación es:

*“Apoyamos y proporcionamos recursos a los Entrenadores de Fundación Generación, para multiplicar los Obreros del Evangelio a través de los Aprendices Ministeriales.”*

# **SOBRE EL AUTOR**



Phillip Jensen es un maestro de la Biblia y evangelista con Two Ways Ministries, tanto modelando como entrenando a otros en la predicación del evangelio al enseñar la Biblia. Ben no provenía de una familia cristiana. Dios lo salvó por medios muy simples. Un tipo llamado Rhys le leyó un capítulo del Evangelio de Marcos cada semana durante 1988.

# EL RIESGO QUE CORRE EL PREDICADOR

**P**redicar es más que entregar información. Aunque involucra la comunicación de ideas, no es lo mismo que una clase o charla. También es más que solo usar el púlpito. Puede darse en una carta o una conversación del mismo modo que se da parados detrás del lectorio (o púlpito). De hecho, nos cuesta definir exactamente qué es lo que un predicador hace. Aquí hay un intento de definirlo: “Predicar es declarar lo que Dios dice buscando una reacción de parte de su público”.

Ambas partes de la definición son importantes si queremos ser fieles al evangelio. Debemos entregar información para la mente de las personas, para que puedan conocer a Dios, porque el mensaje de Dios es revelado en las Escrituras. Esto es algo con lo que pocos evangélicos estarían en desacuerdo, en la teoría o en la práctica.

Sin embargo, la segunda parte de la definición es igualmente importante. La gente nunca escuchará la palabra de Dios sin reaccionar de alguna manera. Su

palabra penetra profundo en lo más interior del oyente y juzga sus corazones (Hebreos 4:12). No es algo que se pueda recibir con neutralidad imparcial, tampoco es algo que se pueda predicar en términos abstractos. Se puede rechazar o ignorar la palabra de Dios; se puede aceptar de manera superficial su palabra, o podemos recibirla de todo corazón, todo esto porque precisamente es la palabra de Dios y demanda una respuesta. Por eso debemos predicarla de esta manera, instando a una respuesta correcta. Como nos recuerda Santiago, responder de otra manera a la palabra de Dios es tan inteligente como mirarse en el espejo para luego olvidar lo que vemos. Dios nos exhorta a ser hacedores, no oidores que olvidan (Santiago 1:22-25).

### **El predicador debe predicar para que ella una respuesta en cada oyente.**

Por esta razón la predicación es peligrosa por naturaleza. En el intento de obtener una respuesta al mensaje, el predicador debe manipular, ser histriónico o incorrectamente encantador. El predicador no está pidiendo que haya un pequeño cambio en la conducta, como un publicista que trata de persuadir que alguien se cambie de marca de desodorante. Es un llamado a que la gente reconstruya sus vidas completamente bajo el gobierno de Dios. Nuestra misión es cautivar sus mentes y corazones para Cristo. A causa del peso de nuestro mensaje, podemos sentirnos tentados a torcer ese mensaje para lograr nuestro objetivo. Este énfasis de buscar una respuesta puede llevarnos a un Arminianismo incipiente

que desconfía del poder de Dios y distorsiona cada mensaje que se predica.

Es un ejercicio de equilibrio entre declarar, aplicar, informar y desafiar y por eso la predicación está llena de riesgos. Aquí presento siete razones por las que los predicadores deberían recibir una asignación por trabajo peligroso:

## **1. Somos absolutistas en una época de relativismo**

La mayor transgresión en la sociedad de hoy es parecer que uno quiere imponer sus ideas en otros. Es la era de “tú estás bien, yo estoy bien” en la que el evangelismo es mal mirado. El relativismo es visto como un camino para la paz. Esto se detecta en la jerga popular. Términos como “un mundo unido”, “tolerancia”, “nuevo orden mundial” y “aldea global” tienen algo en común: un sentido de unidad. El mundo moderno no soporta las divisiones.

Este énfasis no es exclusivamente moderno. Pilato es el gran rey del relativismo. No veía ninguna diferencia entre liberar a Barrabás, un asesino condenado o a Jesús que era inocente. Mientras la gente quedara contenta, Pilato estaba contento. Lo suyo era una noción relativista de la paz.

La predicación cristiana siempre ha sido impopular porque insiste que hay ideas correctas e incorrectas acerca de la vida. Cuando planteamos que es una verdad universal que a Dios solo se le puede conocer a través de Jesucristo, alienamos a todo relativista religioso. Este es un riesgo que el predicador debe asumir.



## **2. Llamamos al arrepentimiento**

No sólo declaramos que lo que creemos es una verdad universal, sino que afirmamos que nuestros oyentes necesitan cambiar. Lo llevamos al plano personal. Llamamos a los pecadores a cambiar su vida; a volverse a Dios y alejarse de lo que es malo.

Es difícil llamar al arrepentimiento siendo sutil. Plantear que la vida de la persona no es agradable a Dios difícilmente es tema de sobremesa. La predicación del evangelio puede conllevar la muerte social. Sin embargo, debemos enfrentar nuestra tarea de exhortar al arrepentimiento con humildad y discernimiento, sabiendo que nos predicamos a nosotros mismos también. No es el predicador el que tiene la autoridad para condenar, sino el mensaje que predica. Aun así, llamar a que la gente se arrepienta y aceptar las consecuencias, es otro riesgo que asume el predicador.

## **3. Corremos el riesgo de ofender a los poderosos**

Como predicadores vamos a caer mal a los poderosos. Aquellos que son poderosos, pero no aprecian ese poder, no son capaces de aceptar que cuestionen su vida. El poder no asumido es como anteojeras y eso hace muy difícil que comprendan. Cuando los poderosos se ven atacados por nuestra predicación y sienten que su poder disminuye, pueden intentar recuperarlo a toda costa.

A veces, sin embargo, la situación se revierte. Puede ocurrir que sintamos que nuestro poder se desvanece. Cuando un

predicador nos visita y ataca nuestro punto de vista mientras estamos sentados en la banca, impotentes, con una sonrisa nerviosa. Ahí nos damos cuenta del poder del escenario. Tendemos a dar por hecho el poder que tenemos como predicadores, hasta que alguien nos lo quita. Ahí nos frustramos por las limitaciones de nuestro poder, en lugar de darnos cuenta de su fuerza.

#### **4. Los profetas populares son personas ya muertas, o son extranjeros.**

Después de un sermón improductivo, muchos predicadores encuentran solaz en las palabras de Lucas 4:24: "Pues bien, les aseguro que a ningún profeta lo aceptan en su propia tierra". A todos les encanta un profeta siempre y cuando esté bien muerto y por lo tanto idealizado hasta el punto de la fantasía, o siempre y cuando sea "tesoro" extranjero" que en realidad nadie entiende. Las palabras de Jesús en Mateo 23:29-32 nos enseñan acerca de la actitud de la gente hacia los profetas:

*¡Ay de ustedes, maestros de la ley y fariseos, hipócritas! Construyen sepulcros para los profetas y adornan los monumentos de los justos. Y dicen: "Si hubiéramos vivido nosotros en los días de nuestros antepasados, no habríamos sido cómplices de ellos para derramar la sangre de los profetas". Pero así quedan implicados ustedes al declararse descendientes de los que asesinaron a los profetas. ¡Completen de una vez por todas lo que sus antepasados comenzaron!*

Los judíos posteriores, aunque no se alienaban con el mensaje de los profetas muertos, igual los veneraban, al igual que a sus antepasados que mataron a esos profetas. Las autoridades religiosas tienen la costumbre de perseguir profetas. En 1660, las autoridades anglicanas enviaron a John Bunyan a prisión, por 12 años; ahora es un santo. La historia se repitió con Wesley, Simeon y Whitefield. Todos ellos hoy reciben elogios por haber sido grandes líderes y visionarios. Pero en su momento, fueron perseguidos por la iglesia institucional. Esa es la suerte del predicador. Todos los predicadores arriesgan ser impopulares y la perseguidos por parte de los paganos y de las autoridades religiosas. Curiosamente también se puede dar lo opuesto. De cierto modo está de moda hablar de un líder como “voz profética”. Pero si los gurúes de la religión de moda nos consideran “proféticos” lo más probables que solo estamos diciendo lo que quieren escuchar. Si te ganas dicho epíteto, debes preguntarte si acaso estás cediendo a las corrientes de moda o si acaso estás acomodando el evangelio eterno.

## **5. La gente quiere atraparnos**

Jesús experimentó la hipocresía de los fariseos (Marcos 12:13) cuando intentaron atraparlo con la pregunta de la lealtad económica. La respuesta de Jesús fue brillante. Sin renunciar al poder de la retórica, dio vuelta el tablero y los sorprendió con la verdad. En el siglo veinte, los hipócritas que se oponen a la palabra de Dios siguen buscando atrapar a los predicadores en sus palabras. En estos días, tienen la ayuda de las grabaciones (cintas, videos, revistas) lo que les permite revisar nuestras palabras buscando algo

sucio. Ellos son hipócritas porque aparentan escuchar, por no escuchan. No están escuchando lo que decimos por el valor que tiene. Más bien, quieren desenterrar algo que sirva para condenarnos. Nos pueden citar fuera de contexto, o enfocarse en temas triviales con el fin de manchar nuestra reputación o para plantearnos una pregunta capciosa que nos haga caer. Todo esto es parte de la vida del predicador.

## **6. El riesgo de ser malentendidos**

La gente suele tener reacciones extremas ante cualquier cosa que un predicador afirme y que vaya en contra de la norma. Si cuestionamos el afán en una profesión, dirán que negamos el valor del trabajo. Si cuestionamos el modelo de romance occidental, dirán que sacamos el modelo del matrimonio de un sombrero. Si cuestionamos el imperialismo británico, dirán que nos oponemos al trabajo misionero. Si cuestionamos el uso no bíblico del poder eclesiástico, dirán que somos desleales a la denominación. Si nos malentienden, es nuestra responsabilidad ser mejores comunicadores. Sin embargo, cada predicador vive sabiendo que no puede llegar a todos sus oyentes todo el tiempo. La flexibilidad y ambigüedad del lenguaje, junto con la inflexibilidad y fijación de ciertas maneras de pensar, significa que al predicador probablemente lo malentiendan. Puede que descubras que tu nombre aparece apoyando ideas que en realidad son una distorsión de lo que realmente piensas. Mientras más grande tu audiencia, y mientras más distante sea tu relación con ellos, más posibilidades hay de que malentiendan.

## 7. Evitamos el equilibrio

Podría parecer extraño sugerir que el predicador deba buscar otra cosa que no sea una predicación equilibrada, pero eso es lo que debemos decir. La predicación equilibrada es imposible, aburrida, no motiva y al final termina siendo desequilibrada. Es imposible porque nunca podemos decir todo en un sermón. Nuestro mensaje siempre es sesgado de cierto modo a causa de lo que hemos dejado sin decir. Hay lugares y momentos para declaraciones equilibradas y declaraciones cuidadosamente redactadas acerca de lo que creemos, pero eso no es predicación. No obstante, igual podremos hablar la verdad, porque cada parte de la verdad sigue siendo verdad. La predicación equilibrada es aburrida y no motiva porque adolece de fuerza para cuestionar las presuposiciones de la gente. Hay que guiar a la gente paso a paso en la explicación del evangelio para que tengan la incómoda pero motivadora experiencia de que se desarmen sus supuestos paganos. La predicación equilibrada tiende a llegar muy rápido al producto terminado, equilibrado y redondeado y eso deja al oyente con la idea de que es algo conocido en lugar de sentirse desafiado. La predicación equilibrada termina siendo desequilibrada porque enseña un cristianismo de medias aguas, inofensivo y moderado. La Biblia no nos llama a una "vida cristiana balanceada". Dios nos llama a estar "locos" por Dios (celo religioso es el término aceptable), una locura que nos lleva a desafiar a otros a que abandonen sus carreras, dejen sus familias y entreguen su vida para seguir a Cristo.

## **LA NECESIDAD DE UNA PREDICACION DESEQUILIBRADA**

El predicador está obligado a ser desequilibrado. Hay que confrontar con el evangelio la apatía pagana y el conservadurismo de tal modo que sus vidas cambien. Al hacerlo, corremos el riesgo de ofender, de ser impopulares, perseguidos y malentendidos. Aun así, hay que hacerlo. No podemos cambiar las presuposiciones de toda una vida con una mera mención. Un corazón penitente es aquel que ha sido golpeado con la verdad. Será mejor atacar con vigor, humor y repetición un punto importante que presentar un mensaje detallado y equilibrado que no provoca heridas. Se requiere que nos opongamos al relativismo religioso, negando las alternativas a la verdad que queremos que entiendan. En ocasiones tendremos que asumir uno de los dos lados en una paradoja. Debemos emplear la hipérbole retórica para remecer las mentes de las personas y para llegar a sus corazones. La escandalosa afirmación de Jesús en Lucas 14:25 de que sus discípulos deben odiar sus familias no era ligera y no debemos suavizarla. Ella desarma nuestras más valiosas suposiciones para hacer espacio para la verdad. Eso es lo que hace el que predica el evangelio.

El predicador alumbrá con una brillante luz en los rincones más oscuros del corazón y espanta las excusas que damos para ignorar a Dios. Ponemos al descubierto los escondrijos, instando a una respuesta ante lo que decimos. Simplificamos los temas, despejamos la niebla en la que la gente se esconde de Dios, para que puedan ver la decisión que tienen por delante. Estamos llamados a correr el riesgo de desnudar el corazón tapado por el pecado. Es el riesgo

de ser desequilibrado. Si estamos comprometidos con la predicación balanceada, estamos negando la profundidad y resiliencia del pecado. La verdadera predicación del evangelio es un compromiso con la proclamación peligrosa de un evangelio que exige una respuesta.



# EL RIESGO QUE CORRE EL PREDICADOR

DP6.05